Si nos atenemos a los resultados que las encuestas a extranjeros arrojan sobre la imagen de España, la imagen que estos tienen de la "marca España" serían el sol, los toros y el fútbol. Dejando de lado las dos primeras, dado que la climatología escapa del control y los deseos personales y que el "noble" arte de la tauromaquia cada vez genera más rechazo en la sociedad, hay un estereotipo que sí se cumple en las diferentes zonas del estado español: la pasión por el fútbol.

En este estado vivimos un auténtico romance con el balompié: un deporte bonito, que practican todos los niños -y no tan niños- de este país, soñando con emular a las grandes estrellas que surcan los campos regateando y marcando goles. Da igual ser aficionado de tal o cual equipo, vivimos allí donde todo el mundo apoya a alguno y se reúne en los bares para ver, como mínimo, los partidos de Champions, el Barça-Madrid y los partidos de "la Roja". **Es innegable que el fútbol es el deporte nacional en España**
, levantando tantas pasiones como las que levanta el fútbol americano, el baloncesto, el rugby o el cricket en otros países. Y por supuesto, un gran mercado que mueve miles millones de euros cada temporada, tema del que se podría hablar mucho.

Sin embargo, también existe otra faceta no tan visible a los ojos de los aficiones pero tanto o más importante que el resultado de cada partido: la carga ideológica. **En un estado donde predomina el "pan y circo" pero que ya no es capaz de dar pan, lo único que queda es el circo** , el cual presenta una carga política notoria, a veces muy poco sutil. No hace mucho vimos cómo aficionados vascos y catalanes pitaban el himno nacional en la final de la Copa, y cómo a los pocos días el defensa del F.C. Barcelona, Gerard Piqué, recibía una sonora pitada también durante la concentración y el partido de la selección española en León.
Ejemplos ambos de cómo la afición, dividida, responde a las circunstancias políticas que rodean al deporte profesional en un sentido u otro dependiendo de las ideas políticas que diferentes medios proyectan.

Y es que dentro del capitalismo, las pugnas entre diferentes burguesías se manifiestan abiertamente en el mundo del deporte profesional. **arrastrando con ellas a miles de hinchas identificados por unos símbolos** y unos colores secuestrados en muchos casos por empresarios y banqueros, movidos por sus intereses clasistas.
Las pitadas
, por mucho que quieran ser presentadas como espontáneas o como consecuencia del hartazgo de la población hacia las decisiones y declaraciones políticas que se toman en los despachos, están calculadas, y

son demostraciones de fuerza al servicio de aquellos que siguen explotando a la clase obrera en cada centro de trabajo
. El fútbol profesional se ha convertido en el opio del pueblo. Ahora toca al pueblo dejar ese opio de lado, pero primero tendrá que darse cuenta de que lo consume.